

El hombre imposible

Roger Penrose
y el precio
de la genialidad

PATCHEN
BARSS



EL HOMBRE IMPOSIBLE

Roger Penrose y el precio de la genialidad

Patchen Barss

Traducción castellana de
Pedro Pacheco González

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2025

El hombre imposible. Roger Penrose y el precio de la genialidad
Patchen Barss

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Impossible Man. Roger Penrose and the Cost of Genius*

© Patchen Barss, 2024

© de la traducción, Pedro Pacheco González, 2025

Todas las imágenes son cortesía de Roger Penrose a excepción de *Cascada*, de M. C. Escher. © 2025 The M.C. Escher Company – Países Bajos.
Todos los derechos reservados <www.mcescher.com>.

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-789-4

Depósito legal: B. 11.470-2025

Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain - Impreso en España



La Selva

Un día de mediados de julio de 1937, Roger Penrose, que por entonces tenía seis años, se sentó a la hora de comer en un extremo de la pesada mesa de madera que dominaba el gran comedor de la casa familiar. En esa mesa cabían fácilmente diez comensales. Por las tardes, científicos, artistas y amigos de la familia llenaban de ruido, humo y conversaciones la amplia habitación de techos altos. Pero a la hora de comer, en ella había mucho sitio... y silencio. Las sillas de respaldo alto y las puertas anchas conseguían que aquella casa pareciera el castillo de un gigante.

Con las piernas colgando y los brazos cruzados, Roger apenas parecía mayor que su hermano Jonathan, de cuatro años. En cambio, parecía mucho más joven que Oliver, de ocho.

Frente a sí tenía un plato de verduras preparadas por el cocinero de la familia. Ese amasijo verde era lo único que se interponía entre él y la libertad de desaparecer en la calurosa y soleada tarde.

Lionel y Margaret (los Penrose llamaban a sus progenitores por el nombre de pila) no almorzaban con sus hijos. En su lugar, Isabella Black, una escocesa de veinte años que hacía las veces de criada y niñera, se ocupaba de Roger y de su exasperante lentitud a la hora de comer.

La luz del sol entraba por las altas ventanas, proyectando paralelogramos que se desplazaban lentamente sobre los limpios suelos de madera. Las ventanas daban a Lexden Road, una calle

ancha y recta que atravesaba un barrio acomodado del suroeste de Colchester. La casa de dos plantas estaba alejada de la calle. Los árboles y arbustos amortiguaban el ruido del tráfico. El jardín trasero era silvestre, sombreado y frondoso. Tenía una pendiente que finalizaba en un seto alto con una puerta que daba a un sendero escondido y cubierto de hierba que discurría paralelo a la calle, detrás de la hilera de casas.

Hacía un buen rato que sus hermanos habían terminado de comer y se habían desvanecido en el calor del verano, dejando a Roger solo con Stella (como la llamaban los chicos) y el plato de verduras.

No se podía librar de ninguno de los dos.

«Si te comes la mitad, será suficiente. Podrás irte», le dijo Stella.

Roger miró con desprecio el círculo verde. En la lista de alimentos que le gustaban (encabezada por las galletas de chocolate untadas con extracto de levadura Marmite) no aparecían las espinacas hervidas.

Stella empezó a recoger la mesa, esperando a que el niño empezara a comer. Mientras ella miraba en otra dirección, Roger cogió por fin la cuchara y jugueteó con las espinacas recolocándolas en un semicírculo preciso. Eso sí, ni una hoja abandonó el plato.

«Bueno, ya está», dijo.

Ella miró el plato. Roger la miró a ella. Un diminuto destello de picardía se dibujó en su rostro. Stella finalmente cedió, puede que por agotamiento.

«De acuerdo —dijo—. Puedes ir a jugar.»

Para Roger, fue la primera lección sobre el poder de la geometría.

Roger se bajó de la silla.

Vestido con un polo, tirantes a rayas y pantalones cortos con la cintura por encima del ombligo, su delgado cuerpo parecía pequeño y vulnerable. Pero su sonrisa, ligeramente torcida y curiosa, transmitía una sensación de deseo de aventura más que de peligro.

Durante la semana, su padre trabajaba en su oficina de la Real Institución de los Condados del Este para enfermos mentales o se

refugiaba en el despacho de su casa para estudiar artículos y tablas relacionados con su investigación sobre los orígenes genéticos de los «defectos mentales».¹ Estaba investigando para el Estudio Colchester, un proyecto de varios años que acabó siendo el más importante de su carrera y que estaba centrado en lo que más tarde se conocería como síndrome de Down.²

Margaret tampoco estaba disponible, ocupada con asuntos domésticos y otros compromisos no especificados. Los criados iban y venían, cocinando, limpiando y atendiendo, pero Roger tenía los jardines y el mundo exterior para él solo.

Muy a menudo seguía el sendero que había detrás de la casa hacia el este y luego hacia el norte, y la gravedad le llevaba ladera abajo hasta una pequeña cañada cubierta de hierba. Cuando el terreno volvía a ascender, el sendero se adentraba en un denso bosque de robles, arces campestres y carpes.

Roger y sus hermanos llamaban a estos bosques «la Selva». Entre los árboles había caminos que se bifurcaban, atravesaban pequeños claros sombreados y desembocaban en lo alto de la colina, donde se encontraban los soleados prados del parque Hilly Fields, desde donde se podían ver el castillo de Colchester y el centro de la ciudad. Los niños podían aventurarse fácilmente en esos bosques. Roger lo hacía con frecuencia. En cualquier momento, imaginaba, un tigre o un elefante salvaje podrían salir de detrás de un árbol o una nave espacial podía descender en picado a través de las copas de los árboles. El bosque solo abarcaba unas pocas hectáreas, pero Roger desaparecía en la Selva durante horas, perdido entre los altísimos árboles y las historias que se inventaba.

Un luminoso y tranquilo día de verano, no mucho antes de cumplir los siete años, salió de las frondosas sombras de la Selva y se topó con un claro luminoso y tranquilo. La luz del sol calentaba un viejo banco de piedra. Cerca, un pilar surgía de la hierba. Se ensanchaba por arriba, pero la estructura era demasiado alta para que Roger llegara a ver su parte superior.

De repente, sus pies se elevaron con suavidad sobre el suelo hasta que pudo ver la parte superior de la columna. Su padre lo

levantó inesperadamente para que leyera la placa de la columna. Líneas y cruces formaban un anillo de símbolos a lo largo de su perímetro. Una rosa de los vientos marcaba los puntos cardinales. Siguiendo el eje norte-sur, una fina cuña metálica salía del centro con un ángulo determinado, como si una punta de flecha disparada desde el cielo se hubiera clavado en la placa. El metal proyectaba una sombra nítida sobre las marcas del borde del disco.

Flotando en los brazos de Lionel, Roger percibió algo inusual en el comportamiento de su padre: felicidad. Por lo general, Lionel mostraba cierta indiferencia hacia sus hijos. Evitaba las expresiones de afecto y no mostraba ningún interés por sus vidas. Pero en esta ocasión inusual, mientras sostenía a su hijo frente al reloj de sol, su expresión normalmente seria se transformó en una sonrisa. Algo extraordinario estaba ocurriendo.

El vacío afectivo de Lionel era fruto de algo más que el clásico estoicismo británico. Las muestras de cariño le habían disgustado desde que era un niño.

Nacido en 1898, Lionel era el segundo de cuatro hermanos varones. Su madre, Elizabeth Josephine Peckover, procedía de una familia de ricos banqueros cuáqueros y de la pequeña nobleza. Se casó con James Doyle Penrose, un retratista irlandés. Compraron una gran finca conocida como Oxhey Grange, cerca de Watford, una pequeña ciudad a unos treinta kilómetros de Londres. La mansión victoriana de Oxhey contaba con algo más de 160 hectáreas de granjas y campos, el telón de fondo sobre el que se desarrolló la infancia de Lionel, Roland, Alexander y Bernard.

Elizabeth y James enseñaron a sus hijos los valores cuáqueros tradicionales: amor a Dios, decir la verdad, aprecio por las bellas artes, la música y el conocimiento científico, un profundo compromiso con el pacifismo y, sobre todo, evitar mostrar mucha emoción. Lionel lo asimiló todo, excepto la creencia en Dios. Sus hermanos crecieron y se convirtieron en artistas hedonistas y exploradores del mundo, pero él prefirió dedicar su vida al pacifismo riguroso y a la ciencia.

Delgado y con algo menos de metro setenta de estatura, Lionel no tenía una presencia física muy imponente. Pero observaba el mundo con una curiosidad intensa e intimidante. Lo estudiaba más que lo disfrutaba.

Durante la primera guerra mundial, Elizabeth y James permitieron a los jóvenes cuáqueros trabajar en sus campos y dormir en los edificios anexos a la casa para evitar unirse al conflicto bélico.³ Lionel, sin embargo, ejerció su pacifismo de una forma más dolorosa.

A finales de 1917 se formó como voluntario para trabajar en la Friends Ambulance Unit, creada por los cuáqueros británicos un año antes para proporcionar ayuda humanitaria a los soldados británicos y aliados. La unidad trasladaba en tren a los combatientes heridos y enfermos desde el frente hasta los hospitales de toda Francia.

En junio de 1918 ya viajaba de un lado a otro del centro y el norte de Francia con el tren ambulancia n.º 5. Cada día escribía una o dos cartas y una o dos líneas en un diario, anotando información logística y explicando los horribles detalles de su trabajo.

11 de julio. Carga en Gézaincourt con destino a Ruan: viaje nocturno pasando por Abbeville. Puesta de sol muy brillante.

13 de julio. Mañana: limpiar ventanas, etc., en Abbeville. Tarde: incursión. Varias bombas en Abbeville, una cerca del tren, que rompió las ventanas previamente limpiadas. Fui al refugio.

14 de julio. Esperar todo el día y salir a las colinas por la tarde para evitar una incursión. Se puso a llover.

7 de agosto. Casos de disentería [...] Empezamos a cargar a la una de la mañana. Terminamos a las cuatro.

9 de agosto. Cargamos entre la una y las siete de la madrugada. Heridos franceses. Casos muy graves. Heridas sin vendar.

Cerca de la medianoche del 31 de octubre, su tren ambulancia se detuvo a las afueras de Givenchy-en-Gohelle para realizar unas reparaciones de emergencia. Un tren carbonero chocó contra la parte trasera del n.º 5, provocando que camillas, pacientes y voluntarios salieran despedidos.

«No hubo heridos. Los pacientes se lo tomaron bastante bien», concluyó.

Pasaron por Boulogne, Saint-Pol-sur-Mer y Ruan, trasladando pacientes mientras realizaban reparaciones sobre la marcha. El 9 de noviembre llevaron el tren ambulancia a París para realizar las últimas reparaciones. Todavía se encontraba en la ciudad el 11 de noviembre de 1918, el día que terminó la guerra. El Día del Armisticio pudo por fin deshacerse de la sensación de horror y repugnancia. Su relato ya no se centraba en los estragos de la guerra, sino en la ruidosa celebración de la paz.

A las 11 de la mañana, los cañones disparan y las campanas de las iglesias repican, enloquecidas. Se ha firmado el armisticio. Había venido a París con varios compañeros, pero me separé de ellos. Las calles están muy alborotadas, todo el mundo deja momentáneamente su trabajo. Los niños que salen de la escuela desfilan por las calles en grupos encabezados por sus maestros. Las chicas venden banderas de todos los tamaños a los transeúntes. La gente se asoma a las ventanas, grita y agita banderas. De todas las ventanas brotan mágicamente banderas de los aliados, sobre todo francesas y estadounidenses. Las ancianas, los oficiales franceses, los yanquis, las muchachas, los viejos obreros y los niños forman pequeñas procesiones en las calles para acercarse unos a otros y besarse o darse la mano.

Impulsado por mi curiosidad, recorro kilómetros entre densas multitudes intoxicadas hasta que yo también estoy agotado por el olor a alcohol, las banderas pisoteadas, las copas rotas, los ojos brillantes de la multitud, las horribles risas y los gritos de hombres y mujeres convertidos en lunáticos. Esto es la paz.

Una vez finalizada la guerra, estudió matemáticas en Cambridge. Se licenció en 1921 y pasó un año en la Universidad de Viena, estudiando psicología y asistiendo a conferencias de Sigmund Freud. Se sometió él mismo al psicoanálisis, pero lo abandonó cuando descubrió que «daba lugar a un comportamiento bastante descarado».⁴

Aficionado al ajedrez, el piano, la carpintería, el dibujo y otras artes, era un polímata a la deriva hasta que un encuentro fortuito en las faldas de una montaña del distrito alpino austriaco de Zell am See lo redirigió hacia un nuevo camino.

Allí conoció a Margaret Leathes, de veinticinco años, una compañera de estudios en Cambridge cuyo propio camino sinuoso la había llevado a esa misma ventosa ladera alpina.

A diferencia de su padre, a la madre de Roger no le enseñaron a enterrar sus emociones. Pero la vida le dio muchas razones para hacerlo.

El padre de Margaret, John Beresford Leathes, fisiólogo y bioquímico pionero, era el segundo hijo de una familia perteneciente a una larga estirpe de clérigos. Sus padres esperaban que estudiara para sacerdote, pero a una edad temprana se convirtió en ateo y, para rotunda desaprobación de sus padres, decidió estudiar una carrera científica. La madre de Margaret, una concertista de piano judía llamada Sonia Marie Natanson, había huido de Rusia a finales del siglo XIX «con una sombrerera llena de rublos y poco más».⁵ John y Sonia se conocieron en Suiza, donde ella, políglota por naturaleza, trabajaba como profesora de idiomas. Enseñó a John suficiente alemán para entender las clases a las que asistía. Se casaron en Suiza y regresaron a Inglaterra.

Su primer hijo, un varón, murió al nacer, estrangulado por el cordón umbilical. Cuando nació Margaret, sus padres la apodaron «Bob». Nunca le perdonaron que fuera una chica.

Sonia no mantenía lazos con sus parientes de Rusia, y a John le dejó de mantener su familia cuando él abandonó la iglesia. Cuando Margaret era joven, John ganaba unas paupérrimas 150 libras al año como estudiante. Sonia ganaba algo de dinero traduciendo los libros de Iván Pávlov, el fisiólogo ruso ganador del Premio Nobel. Margaret recordaba sobre todo las visitas de Pávlov por su «barba de Santa Claus».

A los ocho años, Margaret ya había descubierto su amor por la interpretación. En una representación escolar de *Julio César* in-

terpretó a Marco Antonio con tanta pasión que lloró e hizo llorar al público.

En 1909 se trasladaron a Canadá, donde John dio clases en la Universidad de Toronto. Sonia participó activamente en el movimiento sufragista canadiense. Sin embargo, ocultó su origen judío, incluso a su hija.⁶

Muy a menudo, Margaret se reunía con científicos, activistas y artistas de renombre mundial. Recordaba al compositor y pianista Serguéi Rajmáninov cuando los visitó en Toronto y tocó descuidadamente el piano vertical Broadwood que ella utilizaba para su práctica diaria. En sus memorias inéditas escribió: «Recuerdo su corte de pelo, que parecía que se lo habían hecho con un cortacésped. Pero no recuerdo cómo tocaba».

Sonia también era amiga de la sufragista Emmeline Pankhurst y de sus hijas Christabel y Sylvia. «Guiada por su inspiración, solía pronunciar apasionados discursos sobre el voto femenino de pie sobre el lavabo de la habitación de invitados», escribió Margaret. «En 1910, Sylvia pasó una noche en nuestra casa de Toronto como invitada de mi madre. Me dio un beso de buenas noches que siempre recordaré.»

Sonia y Margaret regresaron a Inglaterra en 1913. Un año después, John se reuniría con ellas. Encontraron un piso en Chelsea, y Sonia matriculó a Margaret en la Escuela Independiente Bedales, fundada en 1893 como «una alternativa humanitaria a los regímenes autoritarios típicos de las escuelas públicas de finales de la época victoriana».⁷

Es posible que la calificación de «humanitaria» fuera una exageración.

Incluso en invierno, las estudiantes se bañaban a diario en sus dormitorios sin calefacción. El único respiro llegaba cuando el aire era tan frío que el agua de las bañeras metálicas se congelaba y el baño se tenía que anular. Todas las mañanas, a las 6.30, las chicas se veían obligadas a correr seis kilómetros en medio de la oscuridad y el frío. «A pesar de que se suponía que esta actividad tan severa favorecía la circulación de la sangre, a la mayoría de nosotras nos salían grandes sabañones», escribió Margaret.

Prosperó y destacó en competiciones de ajedrez, piano, interpretación, natación y submarinismo. Superaba los exámenes y encandilaba a sus profesores. Acabó siendo la directora de la escuela.

Bedales era mixto, pero las chicas y los chicos estaban separados y cualquier expresión de sexualidad estaba prohibida. «Mostrar alguna clase de sentimiento iba en contra de las normas del colegio; por lo tanto, debían ser profundamente ocultados, de lo contrario eran sofocados con ferocidad por decisión del “Jefe” (el nombre con el que nos referíamos al director). Aunque, por supuesto, casi todo el mundo albergaba esos sentimientos», escribió.

Margaret pasó un año en la Universidad de Sheffield, donde su padre impartía clases, estudiando historia, física y filosofía. En 1920 se trasladó a Cambridge para estudiar medicina. Era una de las dos únicas mujeres que estudiaban dicha carrera junto con doscientos «exmilitares alborotadores, recién llegados de la guerra de 1914-1918. Hacían demasiado ruido y no nos dejaban concentrarnos. Daban golpes con los pies cuando uno de ellos entraba en la habitación (al compás de los pasos del que entraba), y cuando uno estornudaba o tosía, todos le vitoreaban. Una vez me fui del aula, desesperada, pero luego me riñeron por ello».

Aprendió a ocupar menos espacio, hacer menos ruido y llamar la atención lo menos posible.

En Bedales se reencontró con una vieja amiga, Eileen Rutherford, hija del famoso físico nuclear Ernest Rutherford. «Pasaba mucho tiempo en su casa de Queens Road y escuchaba a sir Ernest y lady Rutherford discutir mientras yo tocaba la pianola. Incluso salía a pasear con él y me decía que lo importante de ser científico era tener “buenas intuiciones”, de lo contrario uno se iba enredando con detalles irrelevantes.»

Vivió en un hostel de Gordon Square, donde trabó amistad con la escritora Frances Marshall, que la llevó a fiestas a las que acudían «todos los personajes famosos de Bloomsbury», como Vanessa Bell, Virginia Woolf y Ralph Partridge. En tan destacada y creativa compañía, Margaret no podía evitar sentirse como «una simple mosca en la pared». Nunca creyó que ninguno de aquellos maravillosos escritores y artistas la considerara

lo suficientemente interesante o importante como para acordarse de ella.

Para celebrar y lamentar al mismo tiempo el final de su estancia en Cambridge, Margaret decidió hacer senderismo y turismo por Austria. A las dos semanas de viaje se reunió con otros británicos en la base del Grossglockner, la montaña más alta de Austria.

Allí conoció a un hombre pequeño y serio, amigo de un amigo, llamado Lionel Penrose. «No sonaron campanas ni saltaron chispas», recuerda Margaret en sus memorias.

Margaret y Lionel escalaban, con otros compañeros, atados a la misma cuerda. Se levantó un viento muy cortante, y la lluvia helada empezó a golpearlos. Mojados, helados y abatidos, dieron media vuelta antes de intentar hacer cumbre.

Dos días después, Margaret cogió un tren de vuelta a Inglaterra. Para completar su formación médica, haría prácticas en el Royal Free Hospital de Londres. Lionel, que seguía estudiando psicología con muy pocas ganas, viajaba en el mismo tren. Al ver que Margaret leía un libro de anatomía, la acribilló a preguntas, y para cuando llegaron a Inglaterra, ya había decidido estudiar medicina.

Unos días después se presentó en su puerta con una orquídea que sobresalía de una botella de chianti. Esa noche cenaron juntos y lo mismo ocurrió casi todas las noches siguientes.

Lionel estudió tres años de medicina en uno y obtuvo el título de médico tres meses después que Margaret.

Se casaron en octubre de 1928. Margaret conseguía trabajos de corta duración en clínicas de Londres, lo que le servía para ampliar su experiencia y su red de contactos. Las jornadas eran largas y agotadoras, pero superaba todos los retos. Ya en la primera semana después de obtener el título, tres amigas distintas le pidieron que les practicara un aborto urgente. Durante una visita a domicilio en la Misión Médica de Bermondsey, diagnosticó correctamente un absceso apendicular en un niño de doce años, justo a tiempo para salvarle la vida. Desgastó su manual de farmacopea hospitalaria tratando a mujeres, niños y niñas por todo Londres.

A Lionel, conocido por apoyar a las mujeres que se dedicaban a la ciencia y la medicina, le resultaba cada vez más insoportable ver a Margaret triunfar. Margaret aceptó un puesto en una clínica oftalmológica de New Cross que la obligaba a trabajar por las tardes. Él insistió en acompañarla. Los pacientes se quejaban de que Margaret parecía demasiado joven para confiar en ella como médica. Estas quejas, sumadas a la controladora presencia de Lionel, colmaron su paciencia, y dejó la clínica. Nunca más volvió a ejercer la medicina.

Pasados cinco años, ya tenía tres hijos, una casa atendida por un equipo de criados y ningún empleo. Sus días de interpretación, música y oratoria habían quedado atrás. Lionel le negaba toda salida profesional, emocional y creativa. Mientras tanto, él seguía ascendiendo en la carrera médica, algo que a ella le hubiera encantado hacer.

Su reputación no dejó de crecer, y en 1931 fue nombrado director de investigación en la Royal Eastern Counties Institution, lo que los obligó, a él y a Margaret, a mudarse a Colchester.

Puso en marcha el Estudio Colchester el año en que nació Roger. En los siete años siguientes evaluó a 1.280 pacientes con trastornos mentales, además de a sus 6.629 hermanos, progenitores y otros familiares.

Pidió a Margaret que le ayudara a recopilar información sobre los pacientes y sus familias. Juntos crearon enormes tablas de datos sobre diferentes aspectos como la edad de los padres, el orden de nacimiento, los mortinatos y la incidencia de anomalías y casos de afecciones similares entre hermanos o parientes más lejanos. Todo eso aportó rigor y datos a lo que tradicionalmente había sido una rama muy subjetiva de la medicina.

A pesar de lo mucho que valoraba su propia inteligencia y la de sus amigos y familiares, no aceptaba la creencia imperante y cruel de que las personas que eran «mentalmente deficientes» también lo eran moralmente. Refutó los argumentos a favor de esterilizar a aquellos que habían sido diagnosticados por médicos como «idiotas», «imbéciles» o «tarados», poniendo de manifiesto la bajeza moral de las ideas eugenésicas y demostrando su impracticabilidad. Confiaba ciegamente en sus conocimientos y percepciones,

incluso cuando estos le alejaban de las ideas científicas dominantes, un rasgo que su hijo mediano heredaría.

Durante todo el proyecto, Margaret estuvo a su lado, recopilando, clasificando y analizando datos.

Lionel reconocía y alababa públicamente las contribuciones de Margaret en sus publicaciones. Pero ese entusiasmo se esfumaba cada vez que ella se atrevía a hacer algo por su cuenta.

Sin un trabajo remunerado y con personal contratado para cuidar de la casa y los niños, Margaret tenía tiempo libre más que suficiente para volver al ajedrez de competición. Cuando Roger tenía siete años, se inscribió en un torneo de Londres. Había pasado más de una década desde la última vez que compitió.

La noche anterior al torneo, Roger se despertó debido al inusual volumen alto de discusión de sus padres. Se quedó despierto hasta altas horas de la noche. Lionel reprochaba a Margaret haberse presentado al concurso.

A la mañana siguiente, Margaret estaba demasiado agotada para salir de casa. Lionel había consumido todas sus fuerzas, por lo que no acudió a la competición.

Así es como Roger veía a sus padres: Lionel era serio, curioso y sin sentido del humor. Siempre tenía el control, sobre todo de su mujer. Margaret, tras una vida padeciendo la represión, era muy propensa a renunciar a su autonomía y a contener sus emociones. «Mi madre no solía demostrar su amor por nosotros. Haría cualquier cosa por nosotros, pero el suyo no era un amor cálido y tierno», recuerda Roger.

Una parte de ella había desaparecido sin más, ferozmente aniquilada por el bien del «Jefe».

Roger nació en el seno de una familia privilegiada y rica. Sin embargo, cuando fue encontrando su lugar en el mundo, su sensación de aislamiento emocional se fue afianzando con cada nueva experiencia y recuerdo.

Su habitación del primer piso daba al jardín delantero. Una noche de verano, los maullidos de unos gatos callejeros perturbaron la paz habitual. Esos gritos entraron primero en los sueños de Roger, pero al despertarse los seguía escuchando. Aterrorizado, sin saber qué ocurría, gritó pidiendo ayuda.

«¡Lionel! ¡Margaret!»

Como no acudían, llamó a su hermano mayor, Oliver.

«Grité, grité y grité y nadie me oyó. No vino nadie a ver qué ocurría», recordaba más de ochenta años después.⁸

Una luz cegadora brilló a través de su ventana, moviéndose por la pared de su dormitorio como si estuvieran buscando a alguien que se había fugado de la cárcel. A esa cacofonía se sumaron las sirenas de la policía.

Los vecinos habían oído los gritos de Roger, pensaron que estaban atacando a alguien y llamaron a la policía, que llegó al lugar antes que su propia familia. «Mis padres, la cocinera, las criadas y Oliver no me oyeron. Cuando al final entraron, fue porque los gritos no cesaban y porque la policía se acercaba y dirigía sus linternas hacia nuestras ventanas.»

Roger pensó que estaba solo.

Lionel y Margaret se llevaron a Oliver, Roger y Jonathan de vacaciones. Lionel les había organizado una estancia en la antigua casa del poeta británico Rupert Brooke, en el pueblo de Grantchester, a un par de horas en coche de Colchester. Tanto Margaret como él condujeron sus propios coches, repartiendo a los niños entre ambos.

A mitad del viaje de vuelta, pararon en un restaurante. Allí se dieron cuenta de que no estaba Roger. Cada progenitor pensó que iba en el coche del otro. Volvieron a toda prisa a Grantchester y lo encontraron sentado en el jardín dibujando círculos en la tierra, sin saber que se habían olvidado de él.

Al esperar tan poco de su padre, el descubrimiento compartido del reloj de arena le pareció a Roger algo tan extraño como estimulante.

Se olvidó de los elefantes y los tigres. Colocó su mano sobre la placa caliente. La cuña metálica era robusta y rígida, pero Roger no pudo asir la afilada línea que separaba la luz de la oscuridad. La sombra parecía atravesar su mano cuando intentaba agarrarla. Por muy rápido que cubriera una mano con la otra, la sombra siempre acababa encima. La única parte móvil del aparato parecía obedecer sus propias reglas mágicas.

Lionel ayudó a Roger a descifrar los números romanos y otras marcas del reloj. Le contó cómo los antiguos griegos habían dado nombre a la cuña central: *gnomon*, «el que sabe». Con la forma y la posición correctas, el fragmento de metal podía indicar el paso del tiempo casi con la misma eficacia que los engranajes, los muelles y el péndulo de un reloj metálico. El *gnomon* apuntaba hacia el norte y su borde superior se inclinaba en un ángulo de cincuenta y dos grados, la latitud de Colchester, delimitando así una línea paralela al eje de rotación de la Tierra. El planeta era el engranaje cuyo giro permitía a la sombra marcar el avance del tiempo.

Roger observó cómo se movían las sombras, imaginó que la Tierra giraba bajo ellas y pensó en la fuente de luz que resplandecía a millones de kilómetros de distancia. Su casa, los jardines e incluso la Selva y su fauna imaginaria se volvieron muy muy pequeños hasta ser poco más que pequeñas motas, mientras la mente de Roger intentaba comprender el funcionamiento de la maquinaria cósmica del sistema solar.

Aún no conocía las palabras (ni las matemáticas) necesarias para describir el movimiento de una sombra bidimensional que recorre una estructura tridimensional a través de un espacio-tiempo tetradimensional, pero estaba empezando a asimilar las conexiones existentes entre forma, sombra, luz, movimiento y tiempo. La alegría inusitada de su padre acentuó el impacto del descubrimiento. Estaba observando algo tan asombroso que incluso Lionel se sintió conmovido.

El mundo giraba. Las sombras se alargaban. El universo de los relojes les estaba diciendo que era hora de volver a casa.

En los meses siguientes, Lionel y Roger volvieron muchas ve-

ces a observar el reloj de sol. Para alegría y sorpresa de Roger, el entusiasmo de su padre no disminuyó. El trabajo de Lionel no era menos exigente, ni su vacío emocional menor, pero aun así encontró tiempo para enseñar a Roger a leer la esfera. Le mostró cómo cambiaban las sombras con las estaciones y le explicó la geometría y la mecánica del reloj de sol con más detalle. Roger estaba asombrado. Su conexión con Lionel y con el resto del mundo creció al unísono, y de esa forma aprendió que no tenía por qué sentirse tan solo en el universo.